

Dos cuentos

Agustín Gastán¹

El ahorcado

La madera ronroneaba ante cada espasmo del recién ahorcado. La vida recorría cada una de las fibras de aquel poste que en algún momento fue un árbol. Vivo, fresco, útil.

Hoy era un simple poste que gozaba de algunos segundos de amorosa lujuria otorgados por los contraídos bailes de los ahorcados. Treinta años de ahorcados a cuestras y solo un simple rasguño en su base izquierda. Madera dura necesaria para un trabajo duro. Contener esa vida que quiere escaparse y quedarse a la misma vez. Instantes mínimos que reconstruyen un sinfín de experiencia que culminan en un espasmo último que confirma la ínfima existencia de aquel que cuelga.

Acostumbrado poste que había visto morir a centenares de personas. Niños, mujeres, hombres, viejos, inocentes y culpables. Nada era diferente, alguno aguantaba más, otro menos. Pero todos daban ese último espasmo que confirmaba su existencia inútil.

Lo intenso del instante le impedía observar los gestos de los espectadores, deseo que siempre quiso cumplir y nunca pudo saciarlo. Ver un rostro vivo valía menos la pena, ante un sincero movimiento de agonía.

Parecía sentir una comprensión sincera de algo que ni él, ni ninguno que estaba allí podía comprender. Como si el moribundo muerto, supiera algo en esa última milésima de segundo de claridad, antes de cerrar para siempre su mirada. Al voltear su mirada, solo veía caras iguales. Triste, felices, indiferentes. Pero nunca realmente sinceras como ese muerto que vivía sus últimos momentos.

1. Profesor de Literatura egresado del Instituto de Profesores Artigas. Actualmente se desempeña como docente de Literatura de Educación Media (CES) y en Escuelas de Educación Artística (CEIP). Es miembro del Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguaya. Ha realizado ponencias en Uruguay y Argentina. Como artista plástico realizó una muestra pictórica en el centro cultural Al pie de la muralla e ilustró el primer volumen de la revista *Tenso Diagonal*. Actualmente se encuentra editando una novela denominada *Alesis*.

Hoy llovía, le había llegado la noticia por uno de los empleados del gobierno que el ahorcado siguiente fue acusado de matar a un compañero de trabajo, este habló mal de su jefe según dijeron. Las risas confundían al poste que no solía escuchar muy bien por la falta de sus ramas. Pero pudo oír que dicho hombre era su propio jefe. Es decir un loco de remate al que seguramente lo acusarían de algo inofensivo, pero necesario, para llevarlo a la horca y que dejara de ser un estorbo.

Los pájaros amigos se posaron como todos los días sobre el poste que los saludaba amablemente. Pero hoy no era como todos los días, oyó un extraño sonido en el cantar de sus amigos. Una carraspera llamativa acompañaba la dulzura de su rutinario canto. Los pájaros volaron, sabiendo que ese día sería un poco distinto para todos.

Los espectadores llegaban en bandadas, la noticia del loco de las tienda llegó inmediatamente a los oídos del poste. Un empleado jefe que se había apuñalado a sí mismo y acusado de robo, no era una historia de todo los días.

El hecho había ocurrido la mañana de ese día. Los gritos del hombre habían sido escuchados por la vecina de en frente. Esta pensó que el local del loco de remate estaba siendo robado. Los golpes, caídas, hacían pensar que dentro del local estaba aconteciendo una batalla. Al entrar la policía, encontraron al empleado de la tienda solo, con un cuchillo de mesa clavado en la parte inferior izquierda del torso. Sangraba mucho, los médicos llegaron rápidamente y pudieron contener la sangre.

Al ser consultado por lo que había sucedido, el hombre dijo haber tenido un problema con un empleado que los obligó a llegar a los puños. El “incompetente”, así lo llamó él, lo había apuñalado por un tema de dinero.

La policía comenzó a rodear la casa intentando ver si algún individuo había escapado luego del hecho. Dicho procedimiento se detuvo al oír el grito del hombre.

—Este hijo de puta está acá. Nunca se fue, ni se irá —exclamó con toda su fuerza el loco de remate.

Los policías entraron prontos para batir al agresor, pero solo vieron al hombre sentado en una silla.

—Aquí está. Frente a ustedes sentado en una silla con un agujero de cuchillo de mesa —dijo el hombre.

Los policías no comprendieron lo sucedido. La vecina aclaró sus dudas al contarle que en los veinte años que el negocio había estado abierto, el hombre no realizó contrataciones.

La locura era visible e intentaron tratarlo de la mejor manera posible. Pero los reclamos del hombre se hacían cada vez más incoherentes. Acusándose a sí mismo de

querer cobrarse más. Pretendiendo llevarse a juicio para poder echarse sin cobrar la indemnización.

El golpe en la mejilla al juez fue lo que lo llevó directamente a la horca. Su incompreensión de lo sucedido lo invadió de ira al pensar que todos los presentes estaban del lado del empleado que lo había herido. Los golpes fueron enviados a todo individuo que se atreviera a ubicarse cerca de su existencia, incluso a él. Tres puñetazos se dio antes de golpear al juez.

La caminata fue larga, los espectadores lo miraban entre risas extrañas y miradas de misericordia. Nadie se presentó como acompañante del ahorcado. Moriría solo por una pelea con sí mismo. El poste y el hombre se encontraron frente a frente. El hombre ni lo miró, pusieron la soga en su cuello y dejaron caer el banco.

Los segundos pasaron y ni un espasmo sentía el añejo madero. Los ojos cerrados del hombre hacían pensar que estaba muerto, pero todos sabían que el dispositivo no funcionaba de esa forma. No era inmediato, eso era lo bello de este. Poder observar el anhelo de aquel que no puede tenerlo era lo que todos esperaban ver. Los espasmos últimos de ese que busca aire donde no puede encontrarla, aunque la tiene frente a él.

Nada de eso sucedía. Un inerte cuerpo colgaba, dejando de lado todos los protocolos. Un muerto que no había muerto. El poste intentó moverse para ver si dicho movimiento alentaba al hombre a morir como debía. Nada pudo hacer. El verdugo se acercó, tocó la cara del hombre y la sintió extrañamente caliente. Sabía que no se enfriaría tan rápido, pero notaba un calor vivaz en el hombre.

Los ojos se abrieron por sorpresa. Los espectadores, el verdugo y el poste se asustaron. El juez gritó que lo ahorcaran nuevamente. Los pies se acomodaron en el banco que por segunda vez fue arrojado. Ocurrió lo mismo.

Veinte veces realizaron el intento de ahorcamiento. Nada funcionó. Derrotado, el verdugo quitó la soga del cuello del loco de remate. Este lo miró fijamente y le dijo:

—Nunca dejare que otro sea mi verdugo —dijo el hombre mientras todos lo miraban.

Sacó una soga de su bolsillo, tenía una marca particular que dejaba entender que la cuerda era de su tienda. Tomó el banco, lo puso en el lugar. Quitó la cuerda que antes lo había intentado matar veinte veces. Colocó su cuerda, rodeo su cuello, pateo el banco.

El poste comenzó a sentir los espasmos que tanto anhelaba. El ahorcado murió.

Memoria colectiva

La mujer estaba tirada con parte del cráneo abierto, una pierna cortada en forma de L, dos dedos menos de la mano, tres puñaladas entre las costillas y una flor clavada en su hombro.

El primero en encontrarla fue un basurero que comenzaba su labor a eso de las seis de la mañana. El estupor fue inmediato, el pedido de ayuda concreto. Se acercaron a él unas cinco personas que iban de camino al trabajo. Los diálogos eran variados, pero todos concluían en un mismo desenlace: “Qué salvajes”.

Los aparatos comenzaron a registrar todo lo sucedido. La primera en sacar su celular fue una joven de quince años que iba para su centro de estudio, en seguida la siguió un hombre adulto que con la otra mano comía los bizcochos que recién había comprado en la panadería de la esquina. Por último, un intrépido abuelo culminó de construir la triada generacional de registradores.

A las nueve de la mañana todo el barrio estaba enterado de la muerte de la joven que tenía el cráneo partido, una pierna cortada en forma de L, dos dedos menos de la mano, tres puñaladas entre las costillas y una flor clavada en el hombro.

La búsqueda de respuestas fue inmediata, las suposiciones también. ¿Había sido un robo? ¿Podía haber sido su amante? ¿Alguien que quisiera encubrir un crimen le habría hecho todo eso?

Los fisgones se multiplicaron por miles, la noticia fue a nivel nacional. Todos hablaban de la mujer marcada con una L y la flor clavada en el hombro. La indignación era total, los diferentes colectivos culpaban a unos y a otros, utilizando la situación para concientizar en los aspectos que le parecían correctos. A las tres de la tarde, todo el que tuviera un dispositivo estaba enterado de lo sucedido y tenía una opinión formada.

El primero en ser entrevistado fue el basurero, debido a la primicia de su hallazgo. Este dijo que había encontrado a la mujer con el cráneo abierto, una marca en su pierna, dos dedos de la mano derecha menos, tres puñaladas en sus costillas y una flor clavada en el hombro.

El noticiero vio más interesante dos de estos aspectos y recalcó la falta de los dedos en la mano izquierda y la flor clavada en el hombro. Le atribuyeron el crimen a una pandilla de jóvenes que coleccionaba dedos y eran botánicos.

La primera marcha se realizó a las siete de la tarde, miles de personas caminaban con una pequeña flor decorando su hombro. Los lamentos eran fuertes, las fotos de la muchacha de la flor caminaba junto a miles de mujeres y hombres. Los vendedores de

flores aparecieron rápidamente, fue un buen jornal para ellos. Hasta se escuchó decir a uno de ellos: “Hay que agradecerle a esos botánicos por estar tan locos”

A las nueve de la noche, el noticiero tuvo que retractarse de lo dicho anteriormente acerca de las pandillas de botánicos asesinos por falta de pruebas. Eso llevó a un sinfín de comentarios virtuales, discutiendo e insultándose acerca de la incapacidad que tienen los seres humanos de determinar qué información es correcta y qué otra no lo es.

La noche adormeció a la mayoría, el lunes terminaba y la muchacha con el cráneo abierto, la marca en su pierna en forma de L, los dos dedos menos de su mano, las tres puñaladas y la flor clavada en el hombro yacía en una cama fría de metal, siendo abierta y cerrada por un médico calificado.

El martes despertó a la agitada turba de informantes con ganas de hablar. Los liceos, trabajos y calles solo hablaban de una cosa. La muchacha de la flor. La variedad de lo contado era impresionante. Estaban aquellos que conocían al basurero y decían que no eran dos dedos sino tres. Aquellos que no le creían al noticiero y afirmaban que habían sido los botánicos, aquellos que se reían de las fotos de la mujer asesinada, aquellos que levantan la bandera de la solidaridad, aquellos, aquellos y aquellos.

Al final del día se hizo otra marcha donde concurrió la mitad de la gente. Estaba un poco nublado el día, se justificaron. El noticiero continuó culpando a quien parecía más interesante. Luego se retractó. El martes terminaba, la muchacha de la flor yacía sola en una cámara frigorífica.

El video grabado por las cámaras de seguridad de una panadería despertó a los informantes dándole sentido al miércoles que nadie quería vivir. Aunque no era muy nítida, la imagen mostraba cómo la mujer era atacada por tres personas encapuchadas, luego el video se cortaba dando paso a la imaginación de todo aquel que lo viera.

Las redes explotaron reproduciendo dicho video, las opiniones se hicieron por millares. Los pedidos de justicia abundaron. La pena de muerte rondó los dedos de todo aquel que tecleaba.

La ventisca que levantó el video hizo sonar los teléfonos de varios famosos que prestaron su cara para la campaña “Basta de matar las flores”. Nombre poco recomendable que fue criticado. La campaña se grabó en pocas horas, a las siete de la tarde ya estaba en todas las casas. Ese día se hizo otra marcha. Fue menos gente, pero había algunos famosos que se acercaron. Fue un buen jornal para ellos. La muchacha de la flor continuaba descansando en el frío frigorífico que la mantenía completa.

El jueves despertó un poco más tranquilo. Las personas comentaban al pasar lo sucedido. La mayoría se olvidaba algún detalle de la muerte de la muchacha, eran inca-

paces de decirlos todos. Los que más se repetían eran la falta de los dedos y la flor en el hombro. Luego los otros eran pasados por alto. Fue un día tranquilo, algún psicólogo en la pantalla, otro político afirmando la buena seguridad que había en la ciudad y no mucho más. Se realizó otra marcha, fueron trescientas personas, ningún famoso y los medios dejaron de cubrirla. La muchacha de la flor había sido sacada de la cámara frigorífica, la naturaleza comenzaba a hacer su trabajo.

El viernes despertó agitado con un posible responsable de la muerte de la muchacha. Era un peón analfabeto que justo había pasado por esa calle unos minutos antes del ataque. Aunque en el video se veían tres personas, poco le interesó a los opinólogos. El acusado era pobre, de aspecto feo y con pocas luces. Combinación perfecta para cerrar un tema que ya estaba aburriendo a todos. Las redes denigraron al muchacho inocente, los colectivos lo demonizaron como aquel icono que no debe ser repetido, los medios de comunicación sacaron un buen jornal entrevistando a todo individuo que había tenido contacto con el falso asesino. La marcha del viernes fue un poco más concurrida, pero no tanto. Las fotos de la muchacha de la flor habían sido cambiadas por la del supuesto asesino. Quemaron un muñeco de este ante las luces de los noticieros que filmaban el esperado desenlace.

Era viernes, los videos de la muerte de la muchacha se acompañaron con invitaciones de boliches, memes acerca de la tan esperada llegada del fin de semana, canciones movidas y videos graciosos de gatos.

La muchacha de la flor comenzaba a tener olor a podrido, la reubicaron contra la pared del baño, al otro día la irían a buscar para ser enterrada.

El sábado se despertó un poco más tarde. Quedaban algunos vestigios de la noticia de la muchacha de la flor. En los colectivos ya no existía un interés por lo sucedido. La gente había dejado de estar indignada. Los focos se centraban en la final del fútbol capitalino y la terrible lesión que había sufrido el delantero estrella del equipo campeón del año pasado. Algún despistado compartía la noticia de la muchacha de la flor, pero recibía poca respuesta por parte de sus amigos, por ende la borraba y subía un video motivacional para el jugador lesionado. El sábado se fue rápidamente. La marcha no se realizó por cuestiones logísticas.

La muchacha de la flor fue enterrada, nadie fue a su entierro.

El domingo comenzó con alegría para unos y tristeza para otros. Aunque esto se pudo superar por un video gracioso de un niño que podía comer una sandía sin las manos. Los noticieros se hicieron eco de esto y el niño con la sandía resplandecía en todas las pantallas y celulares de los hogares, ómnibus, oficinas y liceos. Tendrían una semana interesante para generar ganancias. Los que habían vendidos flores en la multitudinaria

marcha dialogaban con algunos artesanos que construían muñecos del niño comiendo sandía al por mayor. La compra era segura. El domingo se fue con los comentarios risueños de cada uno de los que había visto el video. La marcha no se realizó, porque a nadie le interesaba ir.

La muchacha de la flor comenzaba a ser comida por los gusanos, que saciados descansaban sobre su cuerpo.

El lunes comenzó como todos los días. El basurero bajó del camión a levantar la basura que tanto lo esperaba. Al pasar por donde había encontrado a la muchacha de la flor, un compañero le preguntó:

—¿Acá no fue donde encontraste la muchacha que asesinó el peón ese? —preguntó interesado.

—Puede ser, no me acuerdo bien —respondió sincero el basurero.

La muchacha de la flor ya había perdido parte de su cara y toda la pierna izquierda. Los dedos restantes parecían roídos por un ratón. El abdomen repleto de pozos y los ojos colgando, esperaban ser devorados como una posibilidad de ser recordada.

Allí yacía, sola. Devorada por el olvido.